

acaso en el lugar donde vivía había, como hubo, impedimento de entredicho, se salía del lugar é iba á pié todas las mañanas por muy larga distancia á otro lugar á recibirlo. Llegó pues el Jueves Santo, y habiéndose trasladado el Santísimo al Monumento, llegó ella tarde; y no hallando ya forma, empezó á derramar tantas lágrimas, á dár tales gemidos, que parecía que lloraba á un hijo muerto. Mas cuando así gemía tan afligida, se le aparecieron en el aire visiblemente dos manos, y en ellas el Santísimo Sacramento, de las cuales recibéndole, se le trocó su amargura en un increíble regocijo. ¡Oh, si con estas ansias buscáramos todos este Pan del cielo, escogido de Dios para su Sacramento por darnos en él todas juntas las felicidades de esta vida, y todos juntos los manjares y los gustos de la gloria.

PLATICA XLV.

DE LAS PALABRAS DE LA CONSAGRACION, FORMA DE ESTE SACRAMENTO, Y SU ADMIRABLE VIRTUD Y EFICACIA.

A 19 de Mayo de 1693.

A la hermosura tan consumada de los cielos, á la belleza tan admirable de los astros, á la concertada máquina del mundo, ¿que le hace falta sobre tan cabal conjunto de perfecciones? ¿qué se puede echar menos en tanta junta de bellezas? Pregunta es con que en ficcion ingeniosa mostró bien el agudo Philon cuánta era, si de Dios la grandeza, de nuestro reconocimiento la obligacion. Finge pues aquel que cuando su Magestad hubo perfeccionado esta fábrica admirable del mundo, teniendo acabado todo su adorno, al levantar la mano les preguntó á sus Ministros: ¿Qué le falta á toda esta obra de mis manos? ¿qué echais menos en ella? A lo que entónces uno respondió así: Le falta, Señor, á esta fábrica tan bella, á esta máqui-

na tan hermosa, una voz aguda, una voz grande, clara, levantada, sonora, que por todo el ámbito de los Orbes, sin cesar un instante solo estuviera publicando tus alabanzas, estuviera haciendo notoria tu sabiduría, no solo en los inmensos Tronos de los cielos, sino aun en las cosas mas pequeñas, en cada flor, en cada oveja, en cada hormiga, eso es lo que le falta á un mundo tan hermoso. Bien aguda ficcion, si esa voz grande no la tuvieran ya á su cargo con sus mudas lenguas los cielos: *Coeli enarrant gloriam Dei*; y si esas alabanzas articuladas no las hubiera ya Dios puesto en la boca de los sacerdotes, que estos son á cuyo cargo está el Sacrificio de alabanzas, en que ha puesto Dios toda su honra: *Sacrificium laudis morificabit me*; estos los que en la Hostia á Dios mas agradable, ofrecen á su Magestad el mas supremo elogio: *Tibi sacrificabo hostiam laudis*; estos los que en pocas veces corresponden con aplausos equivalentes á todas las mayores obras de Dios: *Immolavi in tabernáculo ejus hostiam vociferationis*. Esas son pues en las palabras de la Consagracion, como juntas de Dios todas las maravillas, compendiadas tambien todas sus alabanzas. Oigámoselo á los mas puros lábios de María, que solos pudieron dar á entender lo que en cinco palabras hacen los lábios de un sacerdote: *Entonces*, (le reveló la Santísima Virgen á Santa Brígida) *entonces, cuando el sacerdote pronuncia las palabras de la Consagracion, el Eterno Padre es honrado y adorado en el Cuerpo de su Hijo, y el Hijo se llena de regocijo y gozo en el poder y magestad de su Padre: su Madre, que soy yo, me reverencian inclinando las cabezas todos los ejércitos celestiales, porque lo concebí en mis entrañas: todos los Angeles postrados de rodillas lo ado-*

ran; todos los Bienaventurados le dan gracias y alabanzas, porque los redimió; y en fin, todo el cielo triunfa al decir el sacerdote estas admirables palabras. Así lo dice la Santísima Virgen.

Estas palabras pues son las que por este rato tiene que admirar nuestra Fé, en que tan fáciles hace Dios mayores imposibles, en que tan comun se nos ofrece el favor mas singular de Dios, en que tan poderoso y eficaz, vemos por la virtud Divina el sonido de la humana voz! ¿Qué pasmo no causó al mundo al ver en la Ley vieja, á un grito de Josué; y en la nueva, á un grito de Javier, parado el sol, detenido su curso, dilatando el día y obediente así el mayor Planeta? Todo el entedimiento se asombra al ver tan fácil á una voz tanto prodigio. ¿Qué sería al ver á la voz de un Thaumaturgo, todo el monte volar por el aire, toda la fortaleza de sus quicios, toda la estabilidad de sus peñas, como si fuera una paja, moverse ligero de un lugar á otro? Si tal viéramos, consideradlo, ¿cuál quedariamos de atónitos? ¿Qué sería ver á una voz y á una bendicion del Tolentino milagroso, una perdiz asada, en un punto restituirse á la vida, vestirse de plumas, recobrar alas, emprender el vuelo? Si tal viéramos, ¿dónde nos cabria tanto pasmo? ¿Qué sería ver en las faldas de la Santa Reina Isabél, las monedas de oro convertirse solo á su voz en frescas rosas? Por no repetir á este modo millares de prodigios, si así los ha hecho Dios solo á la voz de sus criaturas, ¿que hará á su misma voz cuando lleva por ecos la Omnipotencia? *Vox Domini in virtuti*. ¿Qué hará la voz de Dios cuando resuena en todos sus tesoros? *Vox Domini in magnificencia*. ¿Y qué hará cuando esta misma voz, que es suya, y con que obra el milagro de sus

milagros en la Eucaristía, quiere que sea su misma voz la del Sacerdote y que lleve en sus ecos envuelta la Omnipotencia? *Ecce dabit voci sue vocem virtutis.*

Fingid en lo que es mucho menos aun á la consideracion, lo que allá hace con ventajas infinitas la realidad. Si vieras que un alquimista sacaba de varias flores un licor tan raro, tan poderoso, tan eficaz, que con solo echar una gota de él en un pedazo de hierro, en un instante lo organizara en un reloj de ruedas, tan compasadas, tan conformes, que al instante empezando á correr sus movimientos, fueran regulando las horas, ¿qué diriais? ¡Gran poder! ¡Hombre Divino! Andad, que eso lo hace Dios cada rato debajo de nuestros piés con una gota de agua convirtiéndola en un sapo; ¿no lo habeis visto? Apenas caida la gota, cuando organizado aquel reloj vivo. Pues quien así por desprecio en un sapo obra ese prodigio, ¿qué hará en la suprema de sus obras, en la mayor de sus maravillas, en el esmero de todos sus atributos? Hace con cinco palabras; no que se páre el sol, que es poco; no que se turben los Cielos, que es nada; no que vuelen los montes, que es menos, sino lo que todos juntos los Angeles jamás pudieran conseguir, jamás pudieran hacer; que obediente el mismo Dios se ponga bajo de las especies de pan. ¡Qué sin trabajo la mayor obra! ¡con qué facilidad una junta inmensa de prodigios! ¿Qué cosa mas fácil que pronunciar cuatro palabras? Si viéramos que un hombre, solo con decir: Muévanse esos montes y pónganse de aquí á cuatro leguas; salgan del mar todos los peces, y pónganse aquí todos juntos; y al punto se pusieran estos, volaran por el aire aque-

llos, con qué asombro dirias, ¿qué hombre es este? ¿Pues qué tiene que ver eso con ponerse Dios obediente á su voz bajo de los accidentes de Pan, y con tanta facilidad?

Hieron, tirano de Zaragoza, habia fabricado una Navé para enviarla de presente á Ptolomeo, Rey de Egipto; tan desmesurada, tan grande, que ocupando su máquina la playa, parecia una montaña de madera; pero ocupado todo en su grandeza, no previno qué fuerzas bastarian á ponerle en el agua: millares de hombres no alcanzaban ni aun á menearla; trazas, artificios, máquinas, nada podian; de modo que ya parecia necesario dejarla podrir en el mismo astillero. Arquímedes entonces, despues de verlos fatigarse en vano, dispuso con su grande ingenio una máquina, que reducida toda á á una pequeña rueda, el mismo Hieron, sin fatiga ninguna, solo con ir dando por su mano vueltas á la rueda, puso todo aquel monte de madera en la agua. Prodigio del arte, que lo asombró de modo que pronunció por ley que desde aquel dia, á cuanto dijera Arquímedes, se le diera entera fé y crédito: *Ab hac die, de quocumque dixerit Archimedes, illi credendum est.* ¡Qué poco bastó para llenar aquel entendimiento! ¡Quánto mejor si viera lo que vé nuestra Fé, hecho tan fácilmente por Dios con unas cuantas palabras, lo que no alcanzarán ni de todos los Angeles las fuerzas.

Y esto no concedido á un hombre solo, que siendo favor inmenso, fuera con mucha razon el asombro del mundo. Si este poder soberano, si esta autoridad toda Divina, la tuviera solo el Sumo Pontífice de la Iglesia, ¿qué asombro no causaria tal poder? ¿Pues en qué desmerece tan á millares doblada la maravilla por concedido este po-

der á tantos millares de Sacerdotes? Esos, pues, son los Ministros, que representando para este acto, el mas soberano de nuestra Religion, la misma persona del Hijo de Dios, por eso en nombre suyo repiten sus mismas palabras. En los demas Sacramentos, el Ministro, aunque es Ministro de Dios, aunque obra solo en nombre y por la autoridad de Dios; mas con todo esto habla en su propia persona, no en la de Dios: *Yo te bautizo*, dice: *Yo te absuelvo; yo te confirmo, etc.* Pero en este, el mayor de los Sacramentos, habiendo hablado el Sacerdote en la Misa, ya en nombre suyo, ya en nombre de la Iglesia, en llegando á las palabras de la Consagracion, *Jam non suis sermonibus Sacerdos, sed utitur sermonibus Christi*, dice S. Ambrocio. Hablando el Sacerdote, no es él quien habla; pronunciando él, no es él quien pronuncia, es el mismo Jesucristo el que en su persona, el que por su boca, repitiendo las mismas palabras que en aquella primera Cena dijo, repite las mismas maravillas: *Este es mi Cuerpo: esta es mi Sangre.* No dice, este es el cuerpo de Cristo; que eso fuera hablar por sí el Sacerdote, sino: *Este es mi cuerpo*, que eso es hablar por su boca el mismo Jesucristo, eso es ir en sus palabras envuelta toda la Divina Omnipotencia. Y quien así representa al mismo Hijo de Dios, ¿qué perfeccion necesita, qué santidad, qué pureza? ¡Ah, confusion de mi indignidad, qué abismos tienes en que sumirte!

De Fray Benturino de Bergano, Dominicano, se refiere en las *Crónicas* de esta Orden, que al decir Misa, se iba poco á poco encendiendo, de modo que al llegar al Cánón, inmutado su rostro parecia en la hermosura un Angel; y en llegando á la Consagracion, le vieron muchas veces cercado de una

hermosa nube, y que al pronunciar las palabras, á cada palabra le salia un rayo de fuego de su boca. ¡Ah, si este fuego nos abrasara á todos los Sacerdotes! Mas de aquí se sigue tambien, ¿qué veneracion deben tener los que no lo son á estas palabras?

En Apaméa de Siria, refiere el *Prado Espiritual*, que unos niños per juguete se pusieron á decir Misa en el campo; y haciendo altar de una grande piedra, previnieron la Hostia, fueron diciendo la Misa; llegaban á pronunciar ya las palabras de la Consagracion, cuando bajando del Cielo una terrible llama, convirtió en cenizas el pan y la piedra, dejándolos á ellos medios muertos. Si así vela Dios el respeto á estas sus llaves de los Cielos, ¿cómo sufrirá que quieran coger las palabras de la Consagracion para supersticiones de viejas, para males de corazon y para otras vulgares ignorancias? Acabemos de entender y desterremos de nosotros tales indecencias.

Mas crece la admiracion, viendo que la dignacion admirable de Dios, aun siendo el Sacerdote tan del todo indigno como yo, tan pecador; y aunque sea en sus costumbres el peor del mundo, porque no habla en su persona, sino en la de Dios, les deja (y es de Fé) la misma fuerza á sus palabras. Repito las de la admirable Virgen Santa Teresa de Jesus, para horror y confusion mia. Dice así: *Llegando una vez á comulgar, ví dos demonios con muy abominable figura. Paréceme que los cuernos rodeaban la garganta del pobre Sacerdote; y ví á mi Señor con la Magestad que tengo dicha, puesto en aquellas manos, que se veía claro ser ofensas suyas; y entendí estaba aquella alma en pecado mortal. ¿Qué sería, Señor mio, ver vuestra*

hermosura entre figuras tan abominables?... Díome tan gran turbacion, que no sé cómo pude comulgar... Díjome el mismo Señor que rogase por él, y que lo habia permitido para que entendiese yo la fuerza que tienen las palabras de la Consagracion, y cómo no deja de estar allí Dios, por malo que sea el Sacerdote. Hasta aquí Santa Teresa ¿Y nuestro horror hasta dónde, Señores Sacerdotes?

Esta fuerza pues de las palabras, esta eficacia admirable de las mismas palabras, se expresa: por eso no dice (repárenlo) como dijo al hacer los cielos, al hacer los astros: *Fiat lux, fiat Firmamentum, fiat luminaria*; hágase la luz, hágase el firmamento; porque aunque á la voz de Dios obedeció luego, pero en el modo de las palabras parece que admitia alguna demora, y no sufre eso el amor de Dios en este Sacramento; por eso dice: *Este es mi Cuerpo*; y es, porque al oírlo pronunciar ya está allí real y verdaderamente su Cuerpo; *es*, porque no habla como en los demás Sacramentos de una accion que se pasa, sino del Cuerpo y Sangre suya que allí permanecen: *es*, porque en tan breve instante como suena esta voz, esta sílaba, aquel Cuerpo mismo del Hijo de Dios, que nació de las Entrañas Purísimas de MARIA, aquel mismo que por nosotros padeció en la Cruz, aquel mismo que está sentado á la diestra del Padre, se pone en un punto, sin dejar el Cielo, en la Hostia. Por eso compara el Damasceno, (*l. 4. c. 14.*) y otros Padres, estas á las palabras que respondió la Santísima Virgen al celestial Parainfo, á cuyo *fiat* dichoso, obró en un punto el Espíritu Santo, en la Encarnacion admirable del Hijo de Dios, el negocio de los siglos. Por eso en sentir de gravísimos Teólogos, (*Amb. l. 4. c.*) tienen las palabras de la Consagracion recibi-

da de Cristo tal eficacia, tal fuerza, que si el Señor no hubiera tomado todavía Cuerpo, ni lo tuviera en el mundo, ni en el Cielo, al eco solo de estas palabras se produjera de nuevo, redoblando á empeño de la verdad de Dios todas sus maravillas. Este es pues el primer efecto prodigioso de las palabras de la Consagracion, la transubstanciacion admirable, como lo veremos en la plática siguiente; y ahora, dejando millares, celebrémoslo en confirmacion de nuestra Fé con todos estos prodigios.

Refiere Beda, (*Homil. 110.*) y lo trae Fray Alonso de Rivera. (*Hist. del SS. Sacram. tr. 2. §. 7.*) del Orden de Santo Domingo, que el año de mil trescientos noventa y dos, un cura de la Iglesia de Moncada, pueblo de la Huerta de Valencia, andaba con grandes dudas y escrúpulos de si era sacerdote ó no, por haberlo ordenado un Obispo consagrado por Clemente VII, que fué elegido en tiempo de cisma, y por eso trataba de buscar modo cómo otro Obispo de nuevo lo ordenase; pero le quitó Dios su inquietud con estos prodigios: Diciendo misa en dia de Navidad, se la oía una muger con su hijuela, niña de solo cuatro años y medio. Acabada la misa, la niña no queria irse, é importunaba á la madre para que no dejase en manos del Cura al niño hijo de su vecina, sino que se lo llevara consigo. Habia parido poco antes la muger de un vecino llamado Febrer, á quien visitando aquella muger, la inocente hijuela se habia aficionado á la criatura, y de esa hablaba pensando que era la que veía en las manos del Cura en el Altar. La madre, que ignoraba esto: Anda loca, le dijo, ¿qué niño tiene el Cura? Y la niña: no soy loca, allí tiene el Cura el niño que te digo. Despreciando

esto la madre, llevóla, aunque llorando, derecho á la casa de la parida para desengañarla; mostróle el niño y aquietose con esto. Pero otro día, volviendo á oír la misa del mismo Cura, al alzar la Hostia volvió la niña á ver al mismo niño que el día antes; díjoselo alborotada á su madre; y ella, dándole ya cuidado, le contó al mismo Cura lo que habia pasado. El la rogó que el día siguiente la volviese á llevar á su misa; hízolo así, y volvió á suceder lo mismo; y cogiendo el Cura á la niña le preguntó, qué habia visto. Y ella: que veía un niño muy hermoso que llenaba la Iglesia toda de resplandor. No contento con esto, al siguiente día, por hacer mayor prueba, llevó al altar dos Hostias, consagró la una, dejando aparte la otra sin consagrar; y despues, cogiendo en la mano derecha la consagrada, y la otra en la siniestra, hizo traer á la niña, y dijole: ¡qué ves? Y ella: en esta mano tienes á este niño tan lindo.—¡Y en esta? mostrándole la izquierda:—Ahi, dijo ella, tienes una oblea. Esta prueba se hizo otras veces trocando las manos; y siempre la criatura confesando lo que claramente veía, llenando al sacerdote de inexplicable consuelo este desengaño, avivando en los fieles la fé este prodigio, y publicando Dios por boca de los inocentes sus alabanzas. ¡Oh! y sea para que eternamente se las repitan nuestras almas, para que, despertando nuestra fé, se avive nuestro fervor, ya en la asistencia de la misa para que sea con una atónita devocion, y ya al recibirlo en la Comunión para que sea con grandes aumentos de gracia.

PLATICA XLVI.

DE LOS TRES MAS PRINCIPALES MILAGROS QUE OBRA DIOS EN EL
SANTÍSIMO SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA.

A 23 de Mayo de 1694.

AUN mas que lo ruidoso del trueno, su mudo efecto, sobre tan espantoso, hace mas admirable al rayo; y quanto al violento estallido se publica, tanto en el estrago no pocas veces prodigiosamente se oculta, dejando tan escondida la ceniza como notoria la llama. Vióse ya alguna vez consumir de una bolsa bien cerrada, la moneda toda, haciendo al dueño la burla, y á la bolsa ni el menor daño. Vióse sin sentido la misma baina al dejarla vacia sin su espada. Vióse agotar del todo en un barril su vino, dejando el barril mismo intacto. Divina fuerza parece poder tan sutil, dijo el sesudo Séneca: *Nequidquam dubii, quin divina insit illis, et subtilis potentia.* (*Quæst. lib. 2. c. 42.*) Y lo que es mas terrible, dejando en los